
VIDA, PASIÓN Y MUERTE DEL ROMANTICISMO EN COLOMBIA

ABEL GARCÍA VALENCIA

Artículo extraído del libro:

EL ENSAYO EN ANTIOQUIA

Selección y prólogo de

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

© 2003 Primera edición
Alcaldía de Medellín
-Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín-
Concejo de Medellín
Biblioteca Pública Piloto
de Medellín para América Latina
© 2003
Jaime Jaramillo Escobar
Por el prólogo y la investigación

Hace un siglo, en el borrascoso 48, el romanticismo europeo lanzaba al mundo sus postreras lamentaciones, recogía sus ímpetus y languidecían así los últimos y mortecinos reflejos de esa hoguera inmensa que incendió media centuria. En América también se oían algunas voces exaltadas por la pasión romántica, voces de amor, de entusiasmo y de angustia que traducían el grito final del cisne moribundo. Las agitaciones y la revolución que en este centenario se recuerdan fueron, pues, los forcejeos y convulsiones de un agonizante. Y en Colombia, como en los demás países americanos, el romanticismo tuvo su floración magnífica, por cierto que la primera en el tiempo, lo mismo que por la cantidad y la calidad de sus acentos.

Pretendo sostener, y tal será el intento de esta parla descosida, que los románticos colombianos alzaron sus arpegios antes que ninguno otro poeta de América, y que no siguieron a los españoles, como algunos pretenden, sino que tomaron su inspiración de los románticos de Francia e Inglaterra. El misterio sombrío de Ossian, el bardo celta mixtificado por la superchería de Mac Pherson; la niebla y el paisaje triste de Escocia cantados por los poetas lakistas; el diabólico arrebató de Byron, cifra, compendio y síntesis del romanticismo anglo, y, del otro lado de la Mancha, esa visión extraña y subjetiva de la existencia que tuvo Juan Jacobo Rousseau, ese vivaz y exaltado estro de Chateaubriand, y esas páginas descriptivas de la naturaleza que nos dejó Saint-Pierre, todo esto originó en Colombia un movimiento literario de caracteres románticos. El romanticismo alemán, cuyas manifestaciones iniciales bajo los hermanos Schlegel y el grupo de "tempestad y pasión" (Sturm und drang) no alcanzaron hasta nosotros, dio sin embargo a la escuela nueva matices vigorosos, originales y variados que transcurrido el tiempo captaron también nuestros poetas, aunque en diversa forma. El medio americano era particularmente propicio para la insurgencia romántica, y este país que tuvo en Bolívar la encarnación feliz de toda una época tenía que ser el personero de aquella magna revolución literaria. No es extraña, pues, la aparición del romanticismo colombiano en el momento preciso de la guerra emancipadora, ni es difícil comprender cómo este movimiento inició sus balbucesos simultáneamente con las tertulias de Santa Fe y con la publicación de los Derechos del Hombre.

Empero, un escritor y crítico literario argentino, Rodolfo Ragucci, en su *Historia de la literatura española* inserta un apéndice destinado a reseñar la literatura de su propio país, y en

dicho ensayo anota lo que sigue: “Debe destacarse que el romanticismo en América hizo su primera aparición en Buenos Aires con los *Consuelos* de Echeverría, en 1834, y aún antes, en 1832, con el poema *Elvira* del mismo. Echeverría fue el primer introductor del romanticismo en América. Pero su romanticismo y el que cultivaron sus más próximos seguidores no pudo ser el español, sino el francés. Procedía la nueva estética del Plata directamente de Francia, no sin la influencia inglesa a través de Byron. El romanticismo de los demás países americanos llegó importado directamente de España”.

Dos inexactitudes patentes, fuera de las accesorias, resaltan a lo vivo en el transcrito párrafo. Ni Esteban Echeverría (1805-1851) fue el primer romántico americano, ni el romanticismo de los otros países amerindios, y particularmente el de Colombia, es de procedencia hispánica. Antes de Echeverría, varios poetas nuestros, y en especial José María Guesso (1779-1835), José María Salazar (1785-1828) y José Fernández Madrid (1789-1830) habían roto la tiranía seudo clásica y seguido los pasos del romanticismo inglés y francés, como en seguida habrá de verse. Y se advierte, en primer término, que Guesso llevaba en edad a Echeverría más de veinticinco años, que Salazar lo aventajaba en veinte y Madrid en poco menos, lo que implica en el tiempo una distancia respetable. Nacidos en ámbitos diferentes pero formados y acrisolados en Santa Fe, Guesso vino al mundo en Popayán, Salazar en Rionegro de Antioquia y Madrid en Cartagena de Indias. Quiere decir que entonces, como ahora, Bogotá era el centro, el corazón, el alma y el cerebro de esta colonia, y que allí brotaban y repuntaban los ingenios de las remotas y olvidadas provincias.

A más de los poetas mencionados, también los prosistas del Nuevo Reino experimentaban los influjos de los románticos europeos y seguían la inspiración de sus cantos. El payanés Francisco Antonio Ulloa (1783-1816), compañero de Caldas en el martirio, tuvo ideas que son reflejo de las de Rousseau, y de esta manera comentaba las novedades literarias de Europa y especialmente las de Inglaterra y Francia: “Esas hermosuras virginales de la naturaleza produjeron el sublime entusiasmo que respiran las poesías de Homero y de Orfeo. A las mismas debemos atribuir las valientes descripciones de Ossian, la pastoral sensible de Virginia y el patético y amable romance de Atala escrito por el célebre Chateaubriand”. El propio sabio Caldas (1771-1816) comprendió mejor las armonías de la naturaleza a través de los románticos franceses, y de allí su estilo vigoroso y poético, distintivo que también se

advierde en la prosa de Francisco Antonio Zea (1766-1822), insigne *afrancesado* que en las cortes europeas lució su girondina estampa.

Pienso limitar estos apuntes, sin embargo, a los poetas nacionales con quienes nació el romanticismo en América, y particularmente a los tres líricos mencionados antes. luego seguiré la trayectoria de aquella escuela en nuestro país, con la enumeración somera de poetas que, como arboleda y José Eusebio Caro, constituyen la más alta cima del romanticismo indohispánico. Y pondré punto final a mi cansada prosa cuando se adviertan los albores el costumbrismo y la literatura realista, aunque ésta no sea el signo de que los románticos hayan desaparecido de nuestras letras. Esa es una emoción eterna, es un estado de ánimo que hace exclamar al poeta:

“¿Quién que es, no es romántico?”

José María Gruesso fue por su vida y por su obra la encarnación del romanticismo nuestro. Hubo en su existencia un hecho trágico determinante, que dio tono y razón de ser a su lirismo. En vísperas de obtener su título de abogado en Santa Fe, y cuando se aproximaba su matrimonio con la bella Jacinta Ugarte, al regresar de un paseo al Tequendama encontró a su dulce amada muerta. Triste y desencantado abandonó entonces todos sus proyectos mundanales, y en el mismo Colegio de San Bartolomé recibió poco después el sacerdocio. Vergara y Vergara, Gómez Restrepo y otros historiadores y críticos literarios observan que este hecho, o uno similar, dio pretexto a un romance del Duque de Rivas, el primero de los románticos españoles, con la coincidencia extraña de que la protagonista del poeta hispano lleva también el nombre de Jacinta. Quiere decir, pues, que el romanticismo español no sólo no inspiró a nuestros poetas, sino que éstos le infundieron su alma y le dieron temas y argumentos.

El poeta y sacerdote payanés ejerció su sagrado ministerio en la ciudad de su cuna, donde Bolívar logró convertirlo en partidario de la independencia, y allí escribió sus *Noches de Geussor*, poemas de melancólica evocación noctámbula. Quizás las *Noches* de Young, inspiradas por la soledad y los íntimos pesares que atormentaban al poeta inglés, hayan influido en estos cantos de Gruesso, quien así empleó uno de los más hermosos motivos de sugestión poética divulgados por los románticos.

Es curioso, además, advertir que el primer poeta americano que empleó la palabra *romántico* en el sentido en que la entendió Rousseau, para significar ciertos aspectos melancólicos del

paisaje y determinadas situaciones del espíritu, fue José María Guesso. Téngase en cuenta que el poeta murió en Popayán en 1835, y que mucho antes había escrito la estrofa a la cual pertenecen estos versos:

*“¡Oh bosquecillos de frondosos mayos,
románticos doquiera y hechiceros!”*

(Ruego que en estos versillos, y en otros que considere prudente reproducir, no se mire tanto la calidad cuanto el sentido y el contenido. Los he traído aquí para reforzar mis proposiciones, pero salvando discretamente el relativo gusto literario del autor y del auditorio).

José María Solazar, nuestro paisano rionegrino cuyos históricos perfiles ha olvidado la patria, cumplió en su sola personalidad literaria las características de las dos escuelas en pugna. Seudo clásico en su juventud, autor de ensayos dramáticos representados en el incipiente y sencillo teatro santafereño, captó bien pronto la emoción y las ideas nuevas, y en sí mismo se operó el difícil y tormentoso tránsito. El que evocara al héroe virgiliano en su *Soliloquio de Eneas*, el traductor del *Arte Poética* de Boileau, rompe aquellos enervantes influjos e inicia el regreso a los motivos íntimos y propios.

El primer himno nacional colombiano fue escrito por Salazar, y si es un tanto desmayado su estro, al menos el aliento que lo inspira es el de Colombia libre. Es bien sabido que el nacionalismo literario constituye uno de los principios fundamentales del credo romántico, y el poeta antioqueño, por eso, abandonó los anacrónicos motivos de Grecia y Roma para exaltar el paisaje y el porvenir de América. En todos los poemas de Salazar posteriores a 1820, la vida y el ambiente de su país se transparentan, en oposición a los exóticos y lejanos temasseudoclásicos. Y cuando nuestro compatriota llevó al exterior la representación diplomática de Colombia, cuando ejerció la plenipotencia en Washington y fue a París, donde exhaló su último aliento, ya las fuentes de su lirismo corrían puras y espontáneas.

Poeta romántico fue José María Salazar, y como tal se exhibe en su oda sáfica a la muerte de Lord Byron. No idealizó ni perfeccionó las formas de la poesía, pero buscó en la lírica nueva la materia de sus cantos, la fantasía, la exuberancia, la pasión, lo subjetivo y cuanto significa y entraña la esencia del romanticismo.

José Fernández Madrid, apellidado el *sensible*, fue fiel en sus tragedias a las normas clásicas, pero la delicadeza y el sentimiento de sus poemas permiten su clasificación dentro de la escuela romántica. Se apartó a veces, también, del absolutismo rigorista impuesto entonces, y en su *Oda a la noche de luna*, publicada en el *Semanario* de Caldas en 1809, introdujo metros de distintas procedencias. Lo intenso y profundo de su vida afectiva, los temas de su poética y el estilo de sus cantos determinan claramente la filiación de su lirismo. El más ilustre de los colombianos y el mejor de los hombres, dijo de él don Andrés Bello, quien elogió altamente sus versos. Dice don Miguel Antonio Caro que Madrid inició entre nosotros la poesía hogareña, a la cual dio prestigio Víctor Hugo, más tarde, con sus *Hojas de otoño*. Agrega don Antonio Gómez Restrepo que el mismo poeta cartagenero inició en este país la meditación poética, género que culminó con Lamartine, y es bueno añadir, con el señor Caro, que el uso de las campanas en los versos de Madrid, y el empleo repetido de la antítesis, la figura de que tanto usó y abusó Víctor Hugo, colocan al poeta colombiano dentro de las características del romanticismo. José Fernández Madrid, no obstante las asperezas de don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien no le perdonó sus diatribas contra España, fue también propulsor del teatro nacional, y rayó bien alto en la dramática. Hizo una adaptación escénica de *Atala*, preciosa novela de Chateaubriand, y en *Guatimoc* exaltó a los héroes indígenas con fervor y efusión de romántico. Es justo mencionar también su hermoso canto a la muerte de Atanasio Girardot, cuyo epitafio contiene versos perdurables como la gloria del héroe. Es así como el autor de la elegía lamenta a Girardot en estos versos perennes:

*“Vivió para su patria un solo instante,
vivió para su gloria demasiado...”*

Esto que he dicho, es lo que niegan y desconocen quienes impugnan la preeminencia del romanticismo colombiano en América. Vienen luego los grandes románticos, los únicos medianamente admitidos por la crítica hostil del continente. Son ellos, sin embargo, astros de tan poderosa luz, que iluminan todo el pasado siglo. Y el vacío que trato de llenar, rescatando para el romanticismo nuestro la obra de los poetas enunciados, ya que no sus nombres, pareceme tarea patriótica y necesaria. Es que la ignorancia de los valores terrígenos ha sido fomentada por el silencio de los escritores y publicistas nacidos en Colombia. Basta leer los

manuales y textos de literatura nacional para observar el desvío con que se mira a los precursores del romanticismo nuestro. Apenas se les menciona incidentalmente, se les consagra un momento breve y rápido y se olvida su influjo trascendente en la evolución literaria de la patria. Es lo cierto que Arboleda y el mayor de los Caros fulgen los primeros en la constelación romántica del país y de América, pero ellos fueron los primeros en magnitud ya que no en el tiempo. Quiero prescindir de algunos nombres de poetas menores, y no debo incluir a grandes poetas, como José Joaquín Ortiz, en mi deshilvanado estudio, porque Ortiz y los que le siguieron no pagaron tributo al romanticismo. El cantor de *Los colonos*, de *La bandera colombiana*, de *Colombia y España* y de otros poemas dignos de Quintana fue siempre adicto al clasicismo, y ni siquiera el amor, eterno tema de los poetas, le arrancó a su lira un leve canto.

José Eusebio Caro (1817-1853), vehemente, armonioso, espiritual, brillante y de genio desbordado, alzó el lirismo de sus estrofas y la originalidad de sus ritmos en los amaneceres de la República. Altos y reputados críticos ensalzan el vigor, la pureza, la majestad y la emoción de sus poemas románticos. *El desterrado en alta mar* es un canto de aliento inmortal en que el poeta se nos hace tan grande como el océano. En *Estar contigo* restauró Caro el eneasílabo castellano y dio pie a Rubén Darío para imitarlo con éxito. *El bautismo* es una resunta feliz y perfectísima de ideas y sentimientos tiernos. La libertad y el socialismo es un valeroso grito de su ortodoxia vulnerada. Una lágrima de felicidad es el puro y amoroso idilio que bendice el cielo. Y su lírica toda es la expresión más noble de la imaginación, el ímpetu, la rectitud, el ingenio y cuanto puede encerrarse de grandioso en el aliento poético. El más lírico de los colombianos, dijo de Caro Menéndez y Pelayo, y Gómez Restrepo sostiene que Caro es el poeta nacional que da la impresión más definida y auténtica del genio. En resumen, José Eusebio Caro es el primer gran poeta del amor que surge en estos trópicos.

Julio Arboleda (1817-1862), el poeta-soldado, es el único lirida que puede hombrarse con José Eusebio Caro entre sus contemporáneos. Sigue sus pasos en el tiempo nuestro Gutiérrez González, pero éste pertenece a otra etapa lírica. Arboleda es la encarnación perfecta del héroe romántico. Su brava y señera fisonomía de condotiero renacentista y de *scholar* inglés, sugiere ante su siglo tal dualidad de caracteres extraños que para encontrarle una semejante se debe pensar en Lord Byron. Tiene Arboleda puntos de comparación

literaria con Echeverría, el argentino, pero le supera nuestro compatriota por el fuego de la pasión, por el realismo y exactitud de las descripciones, por la técnica de la versificación, por el sentido americanista y por la espontánea facilidad de sus versos. El único poema épico digno de mención en América es el *Gonzalo de Oyón*, y el propio José Zorrilla lo reconoció como la más alta expresión de la epopeya en nuestra lengua. La épica es objetiva, ciertamente, pero a través del poema de Arboleda se transparenta el sello de su íntimo ser, se insinúa el romántico subjetivismo de su agitado espíritu.

Románticos fueron, además, Diego Fallón, cantor elegante y místico de la luna; Jorge Isaacs, autor del más puro y encantador romance de América; Rafael Pombo, que en su *Hora de tinieblas* prorrumpió en el más desgarrador y conturbado grito de desesperación y protesta conocido en lengua española; y Silva el atormentado, no obstante el discreto y delicadísimo perfume de su poesía y el atrevido ritmo de sus estrofas, que lo sitúan entre los más empujados precursores y personeros del modernismo. Es que toda nuestra literatura, escribe Carlos García Prada, es romántica en su esencia, y “busca su inspiración en la naturaleza, infundiéndola de un subjetivismo trascendental y simbólico, que es ya preludeo del futuro advenimiento de una nueva religión lírica”. Agrega el crítico mencionado, de conformidad con lo expuesto por el Padre Jesuita Eduardo Ospina, que las características del romanticismo se encuentran todas en la poesía colombiana, desde sus albores hasta las promociones más recientes. Aquellas características son, la rebeldía, el egocentrismo, la melancolía y la nostalgia, el anhelo de lo eterno, el amor a la patria, el desequilibrio emocional y filosófico, la fantasía, la musicalidad, el culto al paisaje y el colorido fastuoso y enérgico.

Empero, volviendo al convencionalismo de esta reseña, es preciso limitar y restringir dentro de rasgos exactos y precisos los alcances de la aventura romántica en Colombia. ¿Cuándo y cómo vino la reacción contra el romanticismo y sus licencias? Ya se sabe que en Europa fueron los parnasianos franceses los héroes de esta empresa punitiva contra Víctor Hugo y sus satélites. Pero en nuestro país tuvo la restauración contrarias manifestaciones diferentes. Fue en Antioquia donde un joven poeta, romántico por su emotividad y por el fatídico augurio de su muerte próxima, logró imponer sobre aquellos índices tremendos la vitalidad de su raza y de sus ancestros. Gregorio Gutiérrez González, quien forma con Barba-Jacob y León de Greiff trípede poderoso de nuestra geografía poética, fue en su primera juventud romántico, y

de esta manera pregonaba su irreparable desgracia cuando un médico imprudente le predijo su fin sin remedio:

*“Ya de mi vida el último reflejo
siento que débil en mi pecho vaga,
cual la luz moribunda de la antorcha
que con más brillo al espirar se inflama”.*

Tenía entonces diez y ocho años el futuro cantor del Maíz, quien confinado luego en sus montañas recuperó presto las relajadas fuerzas, como el Anteo mitológico, al tomar contacto con la tierra. El realismo literario, trocado en costumbrismo, fue el síntoma primordial de la reacción antirromántica entre nosotros. El propio Gutiérrez González, el traductor de Byron y de Víctor Hugo, fue el primero en renegar, cuando todavía era imberbe joven, contra lo que él llamaba *“El romanticismo tétrico”*. Rafael Pombo, quien tildaba de .Zorrillismo. el residuo de exuberancia romántica existente aún en Gutiérrez González y en otros poetas de Colombia, así comenta los alardes iniciales de nuestro insigne lírico: *“El romanticismo tétrico* es obra de prodigiosa precocidad y buen juicio. censura y absolución de todas las tetricidades en que incurrió el mismo Antíoco; propósito y profecía del poeta *americano* realizado años después en *El Maíz* y otras poesías menores suyas”.

Tal como la acabo de expresar ha sido la vida, pasión y muerte del romanticismo en Colombia. Son discutibles, desde luego, algunos de los puntos de vista aquí manifestados, pero la vigencia de aquella escuela estética se ciñe en términos generales a los postulados, los principios, los autores y las obras enumeradas en este superficial escrutinio. Es verdad, también, que la poesía colombiana ha sido romántica en esencia y sustancia, pero los caracteres generales de esa tendencia se cifran y compendían en los enunciados concretos que acaban de verse. Es que resulta difícil y arriesgado señalar y definir fronteras y modalidades en la distancia y el tiempo, pues el proceso de transformación es lento y complejo, y así se observa cómo a través de los procedimientos y las métricas formas del seudo clasicismo se va forjando trabajosamente la idealidad romántica. Por eso Chateaubriand, considerado como el más alto signo del romanticismo francés, exhibe una curiosa mezcla del gusto poético

anterior y de las ansias nuevas que irrumpieron en su época. De esta forma vinieron a Colombia, también, esas voces y esa música no escuchadas antes.